Mi hijo llevó una doble vida durante años, lo cual es lo mismo que vivir a medias o medio vivir. [...]. El cansancio y la culpa le fueron agriando el carácter y ya casi no hablaba con nadie

La verdad no sé si fue para poner distancia con Asunción, pero Alberto poquito después se cambió de empresa. Eso de nada sirvió, porque de todos modos la relación continuó.

Aconsejé a mi nuera que rezara mucho y le dije que con el favor de Dios y de María Santísima, Alberto terminaría por recapacitar. Ella, por supuesto, estaba muy dolida y me dijo que ya no podía soportar esa situación y que por dignidad se separaría de mi hijo, con quien -me confesó- llevaba mucho tiempo sin contacto marital.

Al poquito tiempo, a Alberto le dio un infarto y de puro milagro no se murió. Estuvo internado tres semanas y la convalecencia duró dos meses. Mi nuera demostró una vez más su nobleza y se consagró a atenderlo. Dicen que no hay mal que por bien no venga, y el caso es que esa terrible experiencia fue la que evitó la separación.

Cuando Esperanza se iba a su trabajo yo cuidaba a mi convaleciente hijo y aprovechaba para hacerle notar la joya que Dios le había dado por esposa. Él conmovido reconoció la calidad humana de Esperanza. "Entonces -pregunté- por qué no terminas con Asunción". "Porque no puedo vivir sin ella. Me hace sentir que de veras me quiere y ya me encariñé con ella y su niña, pero ten la seguridad que no seré irresponsable con la madre de mis hijos", fue su respuesta. Batallé mucho, pero le hice prometer que no abandonaría a mi nuera.

Mi hijo llevó una doble vida durante años, lo cual es lo mismo que vivir a medias o medio vivir. Trabajaba todo el día y al final de cada jornada visitaba un par de horas a Asunción a quien apoyaba en lo que podía y después se iba con su familia. El cansancio y la culpa le fueron agriando el carácter y ya casi no hablaba con nadie. Jaime, un viejo amigo nuestro, me informó que Alberto, loco de celos, había tratado de cortar la relación, porque le avisaron que Asunción andaba de ofrecida con un subgerente de la peor calaña, pero que ella, nomás por puritito capricho se negaba a terminar con Alberto, lo asediaba y le hacía objeto de chantajes.

Tengo muy presente una tarde de domingo en que al regresar de una misa, después de años de no ir en familia, encontramos afuera de la casa de mi hijo a Asunción y a su niña que aguardaban nuestro regreso. Apenas vio a Alberto, esa mujer sin importarle la presencia de mi nuera ni la mía, se bajó de su vehículo para reclamarle airadamente por no haber ido a verla ese día. Claro que Esperanza se molestó y hubo un intercambio de palabras hirientes. Fue una escena de veras desagradable y para evitar dar más espectáculo a los vecinos, el ingenuo de mi hijo